

Aurora Venturini

# LAS PRIMAS

Prólogo de Mariana Enriquez

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

AURORA VENTURINI  
LAS PRIMAS

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: septiembre de 2021

© Liliana Viola, heredera de Aurora Venturini, 2007  
c/o Agencia Literaria CBQ

Del prólogo: © Mariana Enriquez, 2020

El 4 de diciembre de 2007, el jurado integrado por Juan Ignacio Boido, Juan Forn, Rodrigo Fresán, Alan Pauls, Sandra Russo, Guillermo Saccomanno y Juan Sasturain otorgó el Premio Nueva Novela de *Página/12* y Banco Provincia a *Las primas*.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-713-2  
Depósito legal: B. 11.087-2021  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Índice

Prólogo de *Mariana Enriquez* . . . . . 9

### Primera parte

La infancia minusválida . . . . . 19

Betina sufre un mal anímico . . . . . 22

Los institutos para educandos diferentes . . . . . 25

El desarrollo . . . . . 27

La exposición de Bellas Artes. . . . . 32

El diploma . . . . . 34

La cena . . . . . 36

Tía Nené. . . . . 39

Cómo era mi tía Nené. . . . . 44

La tía Ingrazia. . . . . 50

Tía Nené y mi prima Carina . . . . . 53

Petra . . . . . 57

Calor de hogar . . . . . 59

Alegría del hogar . . . . . 64

## Segunda parte

El vecino . . . . .	81
El enigma del sesoral . . . . .	89
La decisión de Petra . . . . .	93
Cuando se llevó a cabo la exposición . . . . .	98
Cuando Petra cumple su cometido . . . . .	103
Desesperación de la mujer del vecino que sobresaltó al barrio . . . . .	106

## Tercera parte

Inauguración de la parrilla . . . . .	121
El cumpleaños de Betina . . . . .	130
Los invitados de José Camaleón, el profesor . . . . .	136
El brindis . . . . .	142
Betina necesita otra silla . . . . .	150
Conversación con Petra mientras desayunamos . . . . .	157
La duda . . . . .	161
Segundo brindis . . . . .	170
En el Registro Civil . . . . .	175
La hora esperada de Betina . . . . .	181
Color de invierno . . . . .	186
Una nueva amistad que puede durar . . . . .	193
Petra decide . . . . .	200
Cacho Carmelo (Cachito) Spichafoco prejuicioso . . . . .	215

## La infancia minusválida

Mi mamá era maestra de puntero, de guardapolvo blanco y muy severa pero enseñaba bien en una escuela suburbana donde concurrían chicos de clase media para abajo y no muy dotados. El mejor era Rubén Fiorlandi, hijo del almacenero. Mi mamá ejercitaba el puntero en la cabeza de aquellos que se hacían los graciosos y los mandaba al rincón con orejas de burro hechas de cartón colorado. Raramente un mal portado reincidía. Mi madre opinaba que la letra con sangre entra. En tercer grado la llamaban la señorita de tercero pero estaba casada con mi papá que la abandonó y nunca volvió a casa a cumplir obligaciones de pater familiae. Ella asumía tareas docentes turno mañana y regresaba a las dos de la tarde. La comida ya estaba hecha porque Rufina, la morochita que oficiaba de ama de casa muy consecuente, sabía

cocinar. Yo estaba harta de puchero todos los días. En el fondo cacareaba un gallinero que nos daba de comer y en la quintita brotaban zapallos milagrosamente dorados soles desbarrancados y sumergidos desde alturas celestiales a la tierra, crecían junto a violetas y raquítricos rosales que nadie cuidaba, ellos insistían en poner la nota perfumada en aquel albañal desgraciado.

Nunca confesé que aprendí a leer la hora en las esferas de los relojes a los veinte años. Esta confesión me avergüenza y sorprende. Me avergüenza y sorprende por lo que ustedes sabrán de mí después y vienen a mi memoria muchas preguntas. Especialmente viene a mi memoria la pregunta: ¿qué hora es? Verdad de verdades, yo no sabía la hora y los relojes me espantaban como el rodar de la silla ortopédica de mi hermana.

Ella, más cretina que yo, sí sabía leer la esfera de los relojes aunque ignorara leer en libros. No éramos comunes por no decir que no éramos normales.

Rum... rum... rum... murmuraba Betina, mi hermana paseando su desgracia por el jardincillo y los patios de laja. El rum solía empaparse en las babas de la boba que babeaba. Pobre Betina. Error de la naturaleza. Pobre yo, también error y más aún mi madre que cargaba olvido y monstruos.

Pero todo pasa en este mundo inmundo. Por eso no es lógico afligirse demasiado por nada ni por nadie.

A veces pienso que somos un sueño o pesadilla cumplida día a día que en cualquier momento ya no será, ya no aparecerá en la pantalla del alma para atormentarnos.

## Betina sufre un mal anímico

Fue el diagnóstico de una psicóloga. No sé si lo reproduzco correctamente. Mi hermana padecía de un corcovo vertebral, de espalda y sentada se-  
mejaba un bicho jorobado de piernecitas cortas  
y brazos increíbles. La vieja que venía a zurcir  
medias opinaba que a mamá le hicieron un daño  
durante los embarazos, más espantoso durante el  
de Betina.

Pregunté a la psicóloga, señorita bigotuda y ce-  
jijunta, qué era anímico.

Ella me respondió que era algo que tenía rela-  
ción con el alma, pero que yo no podía entender-  
lo hasta que fuera mayor. Pero adiviné que el alma  
sería semejante a una sábana blanca que estaba  
dentro del cuerpo y que cuando se manchaba las  
personas se volvían idiotas, mucho como Betina  
y un poquito como yo.

Cuando Betina daba vueltas alrededor de la mesa rumrumeando, empecé a observar que arrastraba una colita que salía por la abertura del espaldar y el asiento de la silla ortopédica y me dije debe ser el alma que se le va escurriendo.

Volví a interrogar a la psicóloga esta vez si el alma tenía relación con la vida y ella me dijo que sí, y aun agregó que cuando faltaba, la gente moría y el alma iba al cielo si había sido buena o al infierno si hubiera sido mala.

Rum... rum... rum... seguía arrastrando el alma que cada día notaba más larga y con lamparones grises y deduje que pronto se le caería y Betina moriría. Pero a mí no me importaba porque me daba asco.

Cuando llegaba la hora de las comidas, yo tenía que darle la comida a mi hermana y a propósito erraba el orificio y metía la cuchara en un ojo, en una oreja, en la nariz antes de llegar a la boca. Ah... ah... ah... gemía la sucia infeliz.

Yo la agarraba de los pelos y le metía la cara en el plato y entonces callaba. Qué culpa tenía yo de los errores de mis padres. Tramé pisarle la cola de alma. El relato del infierno me con-  
tuvo.

Yo leía el catecismo de comulgar y «no mata-

rás» se me había grabado a fuego. Pero un golpecito hoy, otro mañana crecían la cola que los demás no veían. Solo yo la veía y me regocijaba.